

más sido soportado, pudiera durar hasta que su amo restableciese el orden prometiendo mantener las conquistas, no solamente en el orden moral, sino, sobre todo, las de índole material de la Revolución. Bonaparte, ejecutor de estos deseos, fué acogido con entusiasmo.

Las conquistas materiales y los principios teóricos todavía frágiles, fueron incorporados por él á las instituciones y códigos. Es un error decir que la Revolución se termina con su advenimiento: lejos de destruirla, la consolida.

CAPÍTULO II

El restablecimiento del orden.—La república consular.

§ 1.—DE CÓMO LA OBRA DE LA REVOLUCIÓN FUÉ CONSOLIDADA POR EL CONSULADO.

La historia del Consulado es igualmente rica en materiales psicológicos. Muestra en primer término cómo la obra de una individualidad fuerte es superior á la de las colectividades. Á la anarquía sangrienta en la que se debatía la República desde hacía diez años, Bonaparte hizo inmediatamente que sucediera el orden. Lo que ninguna de las cuatro asambleas de la Revolución había podido realizar, aun con las más violentas opresiones, en breve lapso de tiempo lo cumplía un solo hombre.

Su autoridad puso inmediatamente fin á todas las insurrecciones parisinas, á las tentativas de restauración monárquica y rehizo la unidad moral de Francia, profundamente dividida por odios intensos. Bonaparte reemplazó el despotismo colectivo inorganizado por un despotismo individual, perfectamente organizado. Todo el mundo ganó, porque su tiranía fué infinitamente menos pesada que la soportada desde hacía diez años. Es preciso, además, creer que molestaba á poca gente, puesto que fué aceptada con inmenso entusiasmo.

No será preciso hoy repetir con los antiguos his-

toridores que Bonaparte derribó la República. Bonaparte, por el contrario, conserva de ella todo lo que podía ser guardado, que no hubiera quedado sin él, pues fijó en las instituciones y en los códigos las partes viables de la obra revolucionaria: abolición de privilegios, igualdad ante la ley, etc. El Gobierno consular prosigue, y por lo demás se califica de República.

Es muy probable que sin el Consulado una restauración monárquica, dando fin al Directorio, hubiera destrozado la mayor parte de la obra revolucionaria. ¿Quién supone, en efecto, á Bonaparte tachador de la historia? Nadie se imagina—pienso yo—que ante la laxitud universal, el Directorio hubiera durado. El Directorio seguramente hubiera sido derribado por una de las conspiraciones realistas que se tramaban á diario, y Luis XVIII hubiera probablemente escalado el trono. Sin duda alguna, debía llegar diez y seis años más tarde, pero durante ese período Napoleón había inculcado una tal fuerza sobre los principios de la Revolución, fijándolos en las costumbres y en las leyes, que el soberano restaurado no osó tocar ni restituir á los emigrados sus bienes.

Muy otros hubieran sido los acontecimientos si Luis XVIII hubiera sucedido al Directorio inmediatamente. Es el absolutismo del antiguo régimen el que hubiera caído con él, y para abolirlo precisaban nuevas revoluciones. Sabemos que una simple tentativa de volver al pasado, derribó á Carlos X.

Sería un poco ingenuo indignarse de la tiranía de Bonaparte. Bajo el antiguo régimen, los franceses habían soportado todas las tiranías y la República impuso otras más duras aún. El despotismo, que había pasado á ser un estado normal, no levan-

taba protestas más que cuando era acompañado de desórdenes.

Una ley constante de la psicología de las multitudes, nos las muestra creando la anarquía para buscar luego el amo que de ella les haga salir. Bonaparte fué ese amo.

§ 2.—NUEVA ORGANIZACIÓN DE FRANCIA POR EL CONSULADO.

Al llegar Bonaparte al poder tuvo que asumir una colosal tarea. Todo se hallaba en ruinas; era preciso rehacerlo. Desde el día siguiente al golpe de Estado de Brumario, redactó casi solo la Constitución, destinada á darle el poder absoluto necesario para reorganizar el país y dominar las facciones. En un mes fué obra terminada.

Esta Constitución, promulgada en el año VIII, subsiste con ligeros cambios hasta el fin de su reinado. El poder ejecutivo se hallaba conferido á tres cónsules, de los cuales dos solamente poseían voz consultativa. El primer Cónsul, Bonaparte, era el sólo amo. Él nombraba los ministros, los consejeros de Estado, los embajadores, los magistrados, los funcionarios todos, y decidía de la guerra ó de la paz. Poseía igualmente el poder legislativo, puesto que á él tan sólo pertenecía la iniciativa de las leyes sometidas luego á tres Asambleas: el Consejo de Estado, el Tribunado y el Cuerpo Legislativo. Una cuarta Asamblea, el Senado, desempeñaba el papel bastante obscuro de guardián de la Constitución.

Tan déspota como fué, y más aún como luego lo llegó á ser, Bonaparte gustaba siempre rodearse de

consejeros para tomar la más insignificante medida. El Cuerpo Legislativo no se muestra muy influyente bajo su reinado, pues no firmaba ningún decreto sin haberlo antes discutido con el Consejo de Estado. Este Consejo, compuesto de los hombres más instruidos, preparaba las leyes, que eran luego presentadas al Cuerpo Legislativo, el cual podía juzgarlas libremente, pues su voto era secreto. El Consejo de Estado, presidido por Bonaparte, tenía un soberano poder, ya que podía hasta juzgar los actos de los ministros (1).

El nuevo amo tenía una gran confianza en su Consejo, porque estaba compuesto en su mayoría de legistas eminentes, que hablaban cada uno según su especialidad. Bonaparte era demasiado psicólogo para no fiarse mucho de las grandes Asambleas incompetentes de origen popular, cuyo funesto papel había claramente aparecido durante el período revolucionario.

(1) Napoleón, naturalmente, con frecuencia hacía triunfar su voluntad en el Consejo de Estado, pero esto no sucedía siempre. En una circunstancia referida en el *Memorial de Santa Elena*, hallándose sólo al discutir un asunto, aceptó el criterio de la mayoría en estos términos: «Señores, es preciso pronunciarse por la mayoría; como quedo solo, debo ceder; pero yo declaro, que en conciencia no he cedido más que aparentemente, formalmente. Me habéis reducido al silencio, pero no me habéis convencido.»

Otro día el emperador, al ser interrumpido por tres veces, hallándose expresando su opinión, dirigiéndose al que acababa de cortar el uso de la palabra, le dijo con energía: «Señor, yo no he terminado aún, y os ruego que me dejéis continuar. Ante todo, me parece que cada uno tiene el derecho de expresar su opinión...» El emperador, contra la creencia común, era poco absoluto y de tal modo condescendiente con su Consejo de Estado, que por más de una vez volvió la discusión sobre un asunto ó anuló una decisión tomada, porque alguno de los miembros le había dado después, en particular, nuevas razones, ó por comprender que una opinión exclusivamente suya, por ser del emperador, había influido sobre la mayoría.»

Quiso gobernar por el pueblo, pero jamás con su concurso; Bonaparte no le designó ningún lugar en el Gobierno; le reservó solamente el derecho de votar una vez para siempre, en favor ó en contra de la nueva Constitución. Bonaparte sólo recurrió al sufragio universal en raras circunstancias. Los miembros del Cuerpo Legislativo se reclutaban ellos mismos, sin ser elegidos por el pueblo.

Al crear una Constitución destinada únicamente á fortalecer su poder, el primer Cónsul no abrigó la ilusión de que ella serviría para rehacer el país. Por eso, al mismo tiempo que su redacción, emprendió la enorme tarea de la reorganización administrativa, judicial y financiera de Francia. Los diferentes poderes fueron centralizados en París. Cada departamento era dirigido por un prefecto, asistido por un Consejo general; los distritos por un subprefecto, asistido por un Consejo de distrito; el Municipio por un alcalde, asistido de un Consejo municipal. Todos eran nombrados por los ministros, y no por elección, como bajo la República.

Este sistema, que creaba la omnipotencia del Estado y una poderosa centralización, fué conservado por todos los regímenes y subsiste hoy todavía. La centralización es, á despecho de todos sus grandes inconvenientes, el único medio de evitar las tiranías locales en un país profundamente dividido y de siempre mantenidas.

Esta organización, basada en un conocimiento profundo del alma francesa, crea inmediatamente la tranquilidad y el orden, desconocidos desde hacía largo tiempo.

Para terminar la pacificación de los espíritus, los proscritos fueron llamados y las iglesias devueltas á los fieles.

Continuando la reconstrucción del edificio, Bonaparte se ocupó también de la redacción de un Código. En su mayor parte compuesto de costumbres tomadas del antiguo régimen, fué como una especie de transacción entre el derecho nuevo y el antiguo.

Ante la obra enorme cumplida en tan poco tiempo por el primer Cónsul, se comprende que para realizarla tuvo necesidad de una Constitución que le confiriese un poder absoluto.

Si todas las medidas con las que él rehizo la nación habían de ser sometidas á las asambleas de abogados, no pudo nunca abrir puerta franca al desorden.

La Constitución del año VIII transformaba evidentemente la República en una monarquía, tan absoluta por lo menos como aquella de derecho divino de Luis XIV. Siendo la sola adaptación á las necesidades del momento, representaba una necesidad psicológica.

§ 3.—ELEMENTOS PSICOLÓGICOS QUE DETERMINAN LOS ACONTECIMIENTOS DE LA OBRA DEL CONSULADO.

Todas las fuerzas exteriores que actúan sobre los hombres, fuerzas económicas, históricas, geográficas, etc., se transforman finalmente en fuerzas psicológicas. Y éstas son las últimas que precisa conocer para bien gobernar. Las asambleas revolucionarias las ignoraron completamente. Bonaparte las supo manejar.

Las diversas asambleas, la Convención notablemente, se componían de partidos en lucha. Napoleón comprendió que para dominarlos, no debía

formar parte de ninguno de ellos. Sabiendo claramente que el valor de un país se encuentra entre las inteligencias superiores de los diversos partidos, trata de utilizarlos todos.

Sus agentes de Gobierno, ministros, prefectos, magistrados, etc., eran buscados indistintamente entre liberales, realistas, jacobinos, etc., teniendo en cuenta solamente sus capacidades.

Aceptando la colaboración de hombres del antiguo régimen, Bonaparte tuvo cuidado de precisar que quería mantener los principios fundamentales de la Revolución. Muchos realistas, no obstante, se unieron al nuevo régimen.

Una de las obras más notables del Consulado, desde el punto de vista psicológico, fué el restablecimiento de la paz religiosa. Francia se hallaba más dividida por las disensiones religiosas que por las políticas. La destrucción sistemática de una parte de la Vendée había casi terminado la lucha á mano armada, pero sin pacificar los espíritus. Un solo hombre, el jefe de la cristiandad, podía favorecer esta pacificación; Bonaparte no se hurtó á tratar con él. Su Concordato fué la obra de un verdadero psicólogo, sabedor de que las fuerzas morales no se combaten con la violencia y cuánto tiene de peligroso el perseguirlas. Contemplanando con el clero, supo colocarlo bajo su dominio. Haciendo nombrar y retribuir á los obispos por el Estado, él permanecía el amo.

La transacción religiosa de Napoleón tiene un alcance no advertido por los jacobinos. Ciegos por su estrecho fanatismo, no comprendieron que separar la Iglesia del Estado es crear un Estado dentro del Estado, y que podrían encontrarse un día en presencia de una clase social temible, dirigida por

un jefe desde fuera de Francia. Dar á los enemigos la libertad que ellos no poseían era gran peligro. Nunca Napoleón, ni ninguno de los soberanos políticos que le precedieron, osaron consentir la colocación del clero independiente del Estado, como ha llegado á estar hoy.

Las dificultades de Bonaparte, primer cónsul, excedieron en mucho á aquellas que hubo de vencer antes de su coronación. Tan sólo su hondo conocimiento de los hombres le permitía triunfar. El futuro amo estaba lejos de serlo todavía. Varios departamentos permanecían sublevados. El bandidaje persistía; el Mediodía estaba trastornado por las luchas de partido. Bonaparte, cónsul, tenía que manejar á Tayllerand, Fouché y varios generales que se creían sus iguales. Hasta sus mismos hermanos conspiraban contra su poder. Napoleón, emperador, no encuentra ningún partido ante él, pero como cónsul los tenía todos y debía sostener un equilibrio entre ellos. Esta tarea tenía que ser muy difícil, porque después de un siglo pocos Gobiernos la habían realizado.

El triunfo de una tal empresa exigía una sutil mezcla de finura, reserva y diplomacia. Bonaparte no se sentía todavía suficientemente poderoso, y como cónsul tomó por norma, según su propia expresión, «gobernar los hombres como el mayor número de ellos podía ser gobernado». Llegado á emperador, quiso pronto gobernarlos según su propio ideal.

Hoy nos encontramos lejos de la época de la que los historiadores, singularmente ciegos, y los grandes poetas, más poseedores de talento que de psicología, se elevan presos de acentos indignados contra el golpe de Estado de Brumario. Precisaban grandes ilusiones para asegurar «que Francia era bella al

recibir el gran sol de Mesidor», y otras ilusiones más vivas aún para poder hablar de este período, como lo hizo Víctor Hugo. Hemos visto que el «crimen de Brumario» tuvo por cómplices entusiastas no solamente el Gobierno, sino Francia entera, que se liberaba de la anarquía.

Se puede preguntar, cómo hombres inteligentes juzgaron tan mal un período de la historia claro y diáfano con exceso. Fué, sin duda, porque veían los acontecimientos á través de sus convicciones, y todos sabemos qué transformaciones sufre la verdad para el hombre que se halla confinado en el campo de una creencia cualquiera. Se oscurecen los hechos más luminosos, y la historia de los acontecimientos viene á ser la de sus sueños.

El psicólogo, deseoso de comprender la época de lo que acabamos de trazar en breve esquema, tan sólo podrá conseguirlo no estando unido á ningún grupo político y encontrándose desligado de las pasiones, que son el alma de los partidos. Y no tendrá jamás el pensamiento de recriminar un pasado, al que dieron origen tan imperiosas necesidades. Napoleón, sin duda, nos ha costado muy caro; su época se termina con dos invasiones, y nosotros hemos sufrido una tercera, porque hoy todavía soportamos las consecuencias, ya que el prestigio que él ejerce desde el fondo de la tumba, conduce en el trono al heredero de su nombre.

Todos estos acontecimientos tienen un encadenamiento contenido en sus orígenes. Representan la razón del fenómeno capital en la evolución de un pueblo: un cambio de ideal. El hombre no puede jamás intentar romper bruscamente con sus ascendientes, sin alterar profundamente el curso de su historia.